

PABLO MARTÍN SÁNCHEZ

TUYO ES EL MAÑANA

BARCELONA 2016



ACANTILADO

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.
Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2016 by Pablo Martín Sánchez
© de esta edición, 2016 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

El autor recibió una ayuda de la I Convocatoria de Ayudas Fundación
BBVA a Investigadores, Innovadores y Creadores Culturales

ISBN: 978-84-16748-17-4
DEPÓSITO LEGAL: B. 21486-2016

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2016*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Hoy vas a nacer. No deberías, pero lo vas a hacer. No deberías porque el infierno está ahí afuera. Hay manifestaciones día sí y día también. La gente habla de elecciones. De atentados. De amnistías. Y estás tan bien en tu cueva. Tan calentito. Tan ingrátido. No tienes que respirar, ni que comer, ni que llorar. ¿Para qué, si no te oyen? Patalear, eso sí. Dar manotazos. Como un púgil o un karateca. Demostrar que estás preparado para enfrentarte a la vida. A un medio hostil. La vida te da mucho, dice la gente. Pero lo primero que te da son dos cachetes en el trasero. Como esos que suenan en la habitación de al lado, seguidos de un llanto desgarrador. Las paredes abdominales amortiguan los sonidos, pero no pueden impedir que te sobresaltes al escuchar el rugido de una moto, el gimoteo de un claxon, el tañido de una campana. Tu ritmo cardíaco se acelera. Te atragantas con el líquido amniótico. Tienes un ataque de hipo. La frecuencia de las contracciones indica que se acerca el momento de asomar la cabeza al mundo. Un mundo en el que hoy van a ocurrir muchas cosas. Cosas buenas y cosas malas. En El Congo van a matar al presidente Marien Ngouabi. En Italia habrá huelga general. En España el Boletín Oficial del Estado va a anunciar un nuevo indulto. Pero la historia que marcará tu vida va a suceder mucho más cerca, a unos pocos kilómetros de distancia. Sucederá en Barcelona y habrá una niña y un perro, un hombre y una mujer, un viejo y un cuadro. Oyes las campanas de una iglesia cercana. Sientes una nueva contracción. Hoy vas a nacer. No deberías, pero lo vas a hacer.

MEDIANOCHE

00:00 CLARA MOLINA SANTOS (BARCELONA) Por más que lo intento, no me puedo dormir. Vuelvo a oír el reloj de cuco que los Dalmau tienen en el salón, justo encima de mi cama. No entiendo cómo consiguen coger el sueño con ese bicho cantando a todas horas... Desde que he tomado la decisión, la cabeza me da vueltas como una noria. Ya me he hecho la enferma varias veces y mamá empieza a sospechar. Pero no pienso ir a la excursión. Me da miedo lo que pueda hacerme el estúpido de Pena... Algunas noches sueño que mamá y yo tenemos un reloj como el de los Dalmau, pero al dar la hora no sale el pajarillo, sino el idiota de Pena diciendo ¡Cla-ra!, ¡Cla-ra!, ¡Cla-ra! Se cree muy listo porque tiene un hermano en el instituto, pero a mí no me impresionan ni sus cartas con mujeres desnudas, ni las pelis de dos rombos que dice que ve, ni los chupetones que tiene en el cuello... ¡si todo el mundo sabe que se los hace él mismo calentando una cucharilla con un mechero! En la enciclopedia Larousse he encontrado dos palabras que le van que ni pintadas. Una ya la conocía, se la oí decir muchas veces a mamá cuando papá aún vivía con nosotras: sádico, más que sádico. Viene de *sadismo*: crueldad refinada, con placer de quien la ejecuta. La otra la he encontrado por casualidad, hojeando al tuntún la enciclopedia: *algolagnia*, del griego *algos*: dolor, y *lagneia*: placer. Seguro que Pena siente placer con nuestro dolor, seguro que le encanta ver el color de plátano pasado que nos dejan en las piernas sus puntapiés. Lo que no entiendo es por qué a mí también me pega, si dice que le gusto y me manda notas a

través de sus amigos. El otro día Ferran se acercó y me dio un papelito. De parte de José Manuel, dijo. Y se fue. Tenía lágrimas en los ojos. Yo es que creo que a Ferran también le gusto, no veas qué fastidio. Y todo por culpa del dichoso pajarito, que decía papá. Menos mal que la cremallera hace de jaula y no sale gritando a todas horas, como el reloj de los Dalmau...

Oigo a mamá roncar en su cuarto. Qué vida lleva la pobre. Desde que papá nos dejó y vinimos a Barcelona, no hace más que trabajar. A veces la pillo llorando y no me deja consolarla. Se seca las lágrimas y me manda a hacer los deberes. Yo también quiero llorar, pero no me sale. Pienso en papá y no me sale, y al ver que no me sale se me llenan los ojos de lágrimas y entonces ya no sé si lloro por papá o porque no puedo llorar por papá, menuda gaita. Cuando vivíamos en Madrid, en nuestra casa con jardín, todo era distinto. Yo quería un hermanito, pero papá y mamá no paraban de discutir, y así es imposible tener hijos... Por eso me aficioné a los animales: perros, gatos, peces, tortugas, hámsters. Ahora me tengo que conformar con una granja de hormigas, porque aquí en la portería no nos dejan meter mascotas. Que no se me olvide mañana echarles agua con azúcar, que con lo nerviosa que estaré... ¿Y si lo hago ahora? Mamá sigue roncando, no creo que se despierte.

Enciendo la luz de la mesilla de noche. Me acerco al terrario. Las hormigas, excitadas, corretean por los conductos que han construido. He leído que pueden comunicarse entre ellas y mandarse señales de alarma. Pego la oreja al cristal, pero no oigo nada. A lo mejor se comunican por telepatía... Sería lo más práctico, porque así podrían hablar también con sus compañeras del hormiguero. Seguro que las echan mucho de menos. Si algún día me canso de ellas, las llevaré de vuelta a casa. No está lejos, subiendo por la carrete-

ra del Tibidabo. Fui con mamá el lunes de Pascua, con una pala y un bote de cristal. El terrario ya lo tenía, me lo había regalado el señor Raich, el del tercero primera. Es un viejo baboso, pero hay que reconocer que acertó con el regalo. Mamá se cree que es su manera de tirarle los tejos, pero yo tengo otra teoría... Dicen que es un hombre muy rico y que se quedó huérfano de pequeño, que su padre murió en un accidente de avión antes de que él naciera y que luego su madre se sacrificó para salvarle la vida. Se ve que hubo un incendio y tuvo que saltar por la ventana con él en brazos. Se ve que le hizo de colchón y lo salvó, pero ella acabó espachurrada en el patio...

Mamá ha dejado de roncar. Oigo que murmura algo. Quizá esté soñando en voz alta. Será mejor que apague la luz y me sienta en la cama... A oscuras, junto el pulgar de la mano derecha con el índice de la mano izquierda y el pulgar de la izquierda con el índice de la derecha, y empiezo a dibujar círculos, pasando de unos dedos a otros. Es un gesto que le he visto hacer en la tele a la abogada Kate McShane cuando quiere concentrarse. Cuento hasta cien. Vuelven a oírse los ronquidos. Enciendo la luz y salgo de mi cuarto sin ponerme las pantuflas. Cruzo de puntillas el salón. Me meto en la cocina, avanzo a tientas, lleno un vaso de agua hasta la mitad. Abro el armario, la puerta chirría. Contengo la respiración. Saco la azucarera, cojo un puñado de azúcar y lo echo en el vaso. Dejo la azucarera en su sitio y salgo de la cocina. De nuevo en mi cuarto, remuevo el azúcar con un rotulador y lleno una jeringa con la mezcla. Quito uno de los tapones del terrario y voy dejando caer gotas de agua azucarada sobre la tierra. Las hormigas han subido otro cadáver a la superficie, a la casita en miniatura de la esquina. No sé por qué siempre las dejan ahí, será que les recuerda el cementerio que tienen en su hormiguero, o que es el lu-

gar más cercano a la salida y quieren que me las lleve. Meto la punta del compás y pincho la hormiga muerta. La saco con cuidado y la tiro a la papelera, comprobando que tenga la cabeza pegada al cuerpo. Desde que leí que una cucaracha puede vivir nueve días sin cabeza antes de morir-se de hambre, siento curiosidad por saber si las hormigas pueden hacer lo mismo...

—¡Clara, la luz!

Maldita sea. Me meto en la cama de un salto y apago el interruptor. Me admiro de mi propia agilidad. Cuando hago estas cosas me siento ligera como la pluma del póster que hay detrás de la puerta, una pluma blanca cayendo sobre una azada oxidada. Es de un festival de poesía, estaba pegado en un muro, me gustó, lo arranqué y me lo llevé a casa. Había más. A veces lo miro y me pregunto: si yo soy la pluma, ¿quién es la azada? Y la respuesta es siempre la misma: el cafre de Pena. Sería tan feliz si él no existiera... Un día me pega y al día siguiente me hace un regalo. A cambio de una patada, una amapola. A cambio de un puñetazo, una canica. Los acepto para que no se enfade y luego me deshago de ellos mientras vuelvo a casa. Pero será mejor que deje de pensar en él o pasaré la noche en vela. Necesito estar descansada para mañana. Pruebo todos los trucos que sé para coger el sueño. Cierro los ojos y me imagino que estoy en una habitación azul, sin puertas ni ventanas, acostada sobre un colchón azul cubierto con sábanas azules. Pasan los minutos y no me duermo. Me imagino a Nadia Comăneci en las barras asimétricas, dando vueltas y más vueltas, un truco que nunca falla, pero cuando estoy a punto de conseguirlo, el reloj de los Dalmau vuelve a desvelarme. Saco las manos fuera de la manta y empiezo a hacer el gesto de la abogada Kate McShane, una vez, dos, tres, cuatro, cinco... Cuando llego a cien, tengo frío en los brazos y sigo despierta. Los vuelvo

a meter debajo de la manta y me los pongo entre las piernas. Aprieto los muslos. Siento un calorcito rico. Cambio de posición, de cara a la pared. Intento pensar en algo agradable... Estoy en la bañera que teníamos en Madrid, llena de espuma. Empiezo a jugar con la esponja, me la restriego por todo el cuerpo... El agua está caliente, el baño se llena de vapor... Meto la cabeza debajo del agua, abro los ojos, voy cayendo hacia el fondo, cada vez más al fondo... El agua se llena de peces y de algas que me rozan y me envuelven, se frotan contra mi cuerpo... cierro los ojos... la oscuridad me abraza... me dejo seducir por el susurro del silencio...

00:38 GERARDO FERNÁNDEZ ZOILO (BARCELONA)
El chileno se levanta para ir al lavabo. Me pregunto si habré hecho bien invitándolo a nuestra mesa. Carlota me mira y sonríe sacando la punta de la lengua entre los dientes. Le brillan los ojos:

—Así que es verdad lo que se rumorea.

—¿Y qué se rumorea?

—Que has vivido en Chile. Que trabajaste con Allende. No lo sabía.

Ay, Carlota, hay tantas cosas que no sabes y que es mejor que no sepas...

—Viví cuatro años en Santiago, sí. Pero no trabajé con Allende. Fui a un simposio a la Universidad de Chile, me enamoré de su proyecto y me quedé. Luego vino el milico reculiao y todo se fue al carajo. Aunque en el fondo la culpa fue de Allende. Como dice un amigo: el revolucionario a medias cava su propia tumba.

Carlota se muerde la parte interior del moflete, en un gesto que le he visto hacer en clase y que me vuelve loco. ¿Cuánto llevas sin acostarte con una mujer, Gerardo?